

Una historia de algo nuevo

Un hálito de aire fresco corre a través de Hechos —un aroma diferente y estimulante para ser inhalado. La gente estaba experimentando eventos que sólo habían sido insinuados anteriormente. Conforme el libro avanza, el lector se maravilla por el giro tomado por el camino de la historia de la relación de la humanidad con Dios.

De manera repentina, todo lo que tenía que ver con la vida religiosa es diferente. Son muchos los cambios que ocurrieron en las vidas de los que creyeron en Jesús como el Cristo. ¿Cuál fue la causa de todos estos efectos?

Los apóstoles habían llegado a ser interesante-mente singulares. Sus actitudes y los espíritus de su mente y corazón eran notablemente diferentes. Anteriormente habían estado frustrados, cansados, desanimados, confusos y desilusionados. Hechos presenta a los apóstoles entusiasmados, militantes, audaces, confiados, agresivos, e irremediamente leales a aquel a quien habían visto ascender a las nubes del cielo. Estaban prestos a contar la historia, predicando las buenas nuevas a cualquiera que escuchara. Estaban llegando a ser tan audaces y tan enérgicos hasta el punto que, no pasó mucho tiempo cuando los líderes judíos, los sacerdotes, los escribas y aun el concilio se sintieron amenazados. Una gran persecución estaba asomándose poco más allá del horizonte, aun hasta la muerte o encarcelamiento de muchos de los nuevos discípulos.

Los discípulos, antiguamente fieles a la ley de Moisés, eran ahora fieles a un nuevo pacto. La adoración de ellos era en Espíritu y en verdad, el trabajo espiritual de ellos era nacido del corazón, las enseñanzas de ellos emanaban de Jesús, la

lealtad de ellos era hasta el punto de ser “fieles hasta la muerte”, y la comunión entre ellos creció de una relación semejante a la de una familia. Los cambios que estaban ocurriendo en las vidas de ellos eran drásticos, y Hechos es el registro que describe estos cambios.

¿Qué sería lo que había entrado a las vidas espirituales de los discípulos y les había dado una energía y un entusiasmo renovados? Era una nueva voluntad o pacto lo que había sido revelado por medio de los apóstoles inspirados, un pacto que había sido hecho efectivo por medio de la muerte de Jesús en la cruz.

LA PREDICACIÓN DE ELLOS ERA NUEVA

Los discípulos habían comenzado a predicar a Jesús como el Cristo. Pedro había expresado al comienzo de estos cambios que Dios había hecho a Jesús el Cristo (Hechos 2.36). La palabra “Cristo” no es un nombre propio; el ángel le había dicho a José que el nombre del bebé sería Jesús (Mateo 1.21). La palabra “Cristo” es un título oficial al cual Jesús fue elevado (Filipenses 2.9–11). Esta palabra significa “ungido” —ungido para ser rey. Ella refleja la misma idea de la palabra “Mesías” del Antiguo Testamento. Los discípulos estaban predicando que Jesús estaba sentado en el trono a la diestra de Dios; por lo tanto, él era el Cristo, el rey ungido.

La palabra Señor significa “amo”; por lo tanto, Jesús es el que tiene la autoridad. Jesús expresó que toda autoridad en el cielo y en la tierra le había sido dada al morir y al haber resucitado (Mateo 28.18), y Pedro anunció en el primer sermón registrado del evangelio que el Dios del cielo había hecho a

Jesús, Señor y Cristo (Hechos 2.32–36). Éste era un hecho que los nuevos cristianos predicaban con toda diligencia y fervor, pues comprendían que este hombre, Jesús, había cumplido todas las promesas que Dios les había hecho a sus padres judíos desde los días de Abraham.

Son palabras claves y frases que se encuentran en todo Hechos las que le dan continuidad a estas alegaciones. Pedro alegó que las profecías acerca de Cristo se cumplieron en Jesús (Hechos 3.18). También habló de Jesús como “la piedra reprobada” pero que había “venido a ser cabeza del ángulo” (Hechos 4.11). Además, Pedro alegó que la salvación no se encontraba en ningún otro, por cierto que en ningún otro nombre (Hechos 4.12). Posteriormente, ante el concilio, Pedro alegó que este Jesús había sido exaltado a la diestra de Dios (un lugar de autoridad, el lugar para el rey que gobierna) y que era “Príncipe y Salvador” (Hechos 5.31). Pedro anunció, además, a este augusto cuerpo de eruditos y líderes judíos, que era por medio de Jesús que Dios podía y habría de conceder arrepentimiento para el perdón de pecados ¡aun para ellos, los de la nación de Israel (Hechos 5.31)!

Esteban habló de Jesús como el “Justo”, una obvia referencia al Mesías prometido, y una referencia que los judíos entendieron de tal manera (Hechos 7.52). Cuando Felipe le predicó al etíope, le explicó la profecía de Isaías, que revelaba a Jesús como la oveja llevada a la muerte y como el cordero delante del que lo trasquila (Hechos 8.30–35). Pablo declaró que Dios había cumplido todas las profecías mesiánicas que se habían hecho a los padres de Israel (Hechos 13.32–33). Posteriormente habló de la promesa hecha a David en el sentido de que uno de sus Hijos se sentaría en el trono del Mesías. Expresó que esa promesa no se había roto con la

muerte de Jesús, pues Dios lo había levantado de entre los muertos (Hechos 13.33–39). Pablo llegó a la conclusión de que el cumplimiento de estas promesas era la justificación que se ofrecía en Jesús. Añadió que ningún judío podía esperar alguna vez, ser justificado por la ley (v. 39).

Posteriormente, cerca de veinte años después del día de Pentecostés en el capítulo 2, el lector halla un problema recurrente acerca de la circuncisión, el cual ocasionó una serie de reuniones especiales en Jerusalén (Hechos 15). Los cristianos de origen judío continuaban aferrados a prácticas de la ley, principalmente a la circuncisión. Ellos estaban imponiendo la circuncisión a todos los niños varones y a todos los adultos varones gentiles que se habían bautizado en Cristo. Pablo y Bernabé habían completado su primer viaje misionero (Hechos 13; 14); y cuando informaban a los hermanos de Antioquía de Siria, quienes los habían enviado a ellos, allí fue cuando se enfrentaron con el problema de la circuncisión. Ellos habían estado bautizando gentiles durante los últimos tres años sin requerir que se circuncidaran, y algunos hermanos, que desaprobaban lo anterior, revolvieron la cuestión nuevamente. Jacobo, el medio hermano de Jesús, evidentemente era uno de los líderes que estaban en Jerusalén y que sirvió como el moderador en esta ocasión (Hechos 15.13–21). Dijo que la profecía de Amós acerca de la restauración del “tabernáculo de David” había sido cumplida y, por lo tanto, que los gentiles eran recibidos sin reservas dentro de la comunión de Cristo. Esta profecía prometió un tiempo cuando los verdaderos adoradores, bajo el Mesías, aceptarían el gobierno del hijo espiritual de David, el Mesías prometido que se sentaría en el trono de David. Dado que esta profecía había sido cumplida,

LA CIRCUNCISIÓN: UNA SEÑAL DEL ANTIGUO PACTO

La circuncisión se originó en los tiempos de Abraham y simbolizó un relación especial con Jehová por causa de su pacto con Abraham (Génesis 17:9-14). Abraham tenía noventa y nueve años cuando fue circuncidado. Ismael, su único hijo a través de su esclava Agar, fue circuncidado a los trece años de edad (Génesis 17:24-26). La circuncisión era una señal del pacto entre Dios y Abraham.

Josué renovó esta señal del pacto a todos los que habían nacido durante los cuarenta años que anduvieron errantes por el desierto. Este incidente de circuncisión sucedió en Gilgal, nombre que significa “rodar” o “retirarse rodando”. Dios le prometió en aquella ocasión y lugar que el “retiraría” el oprobio que habían en contra de Israel por causa de los que no habían sido circuncidados en el desierto (Josué 5:2-9).

Un persona incircuncisa no podía ni siquiera participar en la fiesta de la Pascua (Éxodo 12:43-48). Para los judíos la circuncisión era el epítome de la estatura espiritual pues ellos descendían de Abraham. Esta señal significaba que ellos eran el pueblo escogido por Dios. Desafortunadamente no practicaron la actitud apropiada de la que esta señal y este pacto trataban hasta que la mitad del relato registrada en Hechos ya había ocurrido.

no era necesario requerir que los gentiles practicasen la antigua ley. Esto resolvió la cuestión de la circuncisión: no iba a ser un requisito bajo Cristo.

Esta predicación era, de cierto, nueva para los judíos cuyos padres habían observado la ley por mil quinientos años. Hay pasajes posteriores en Hechos, los cuales muestran que muchos judíos introdujeron trastornos recurrentes en varias congregaciones.

LA ADORACIÓN DE ELLOS ERA DIFERENTE

Los ritos de circuncisión eran innecesarios al estar bajo ley de Cristo. Los judíos que se convertían en cristianos no observaban más la Pascua, ni Pentecostés, ni la fiesta de los Tabernáculos. Dejaron de hacer sacrificios de animales y dejaron de hacer las ofrendas de la cosecha y otras ofrendas misceláneas. Dejaron de buscar sacerdotes en la tribu de Leví. Dejaron de practicar el diezmo. Dado que abandonaron estas prácticas, ¿qué hacían estando bajo la ley de Cristo?

Lucas lo expresó de manera sencilla: “Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones” (Hechos 2.42). Ahora buscaban la verdad en los apóstoles, no en la ley. Comían la Cena del Señor, no la Pascua. Ya no estaban sujetos al diezmo, daban de su dinero o de sus bienes (o tenían las cosas en común¹) conforme eran prosperados y las necesidades surgían. Oraban en y a través del nombre de Jesucristo.

Todas estas prácticas constituyeron cambios drásticos en la adoración de ellos. Un lector cuidadoso verá la diferencia: Ellos se habían arrepentido a causa de la predicación de los apóstoles, habían sido bautizados para el perdón de sus pecados, y habían sido añadidos por Dios a la comunión con él (Hechos 2.37–41). Por lo tanto, ellos adoraban del modo que Jesús les instruyó que adoraran bajo el liderazgo y la enseñanza de los doce apóstoles.

Un elemento de la adoración que no se menciona en este momento de Hechos es la adoración musical. Antiguamente, cuando estaban bajo la ley, esta gente se había acostumbrado a usar instrumentos de música en su adoración. No obstante, después del comienzo de la iglesia, la única música que se mencionó en el Nuevo Testamento fue la música vocal y que era cantada por la congregación entera. La música era para la enseñanza y la exhortación de unos a otro, para

hablarse unos a otros con salmos, himnos y cánticos espirituales. Esta música no sólo tenía un efecto horizontal, sino que también tenía un efecto vertical al hacer los adoradores, melodía en sus corazones para Dios, cantándole con gracia en sus corazones (Efesios 5.19; Colosenses 3.16). Este fue otro dramático cambio en la adoración de los judíos que aceptaban a Cristo.

Todo judío convertido se daba cuenta de que una nueva voluntad de Dios se había expresado por medio de Jesús y de sus apóstoles. Era el tiempo del gran drama, del cambio y del entusiasmo.

LA COMPRENSIÓN DE ELLOS ERA CLARA

Los judíos no podían ser justificados de sus pecados por la ley, la cual era temporal y la cual incluso conllevaba una promesa de que iba a ser suplantada (Jeremías 31.31–32). Esta promesa se cumplió cuando Cristo se convirtió en Sumo Sacerdote y Rey (Hebreos 8.1–13). La ley fue diseñada y dada sólo a la nación de Israel (Éxodo 34.27–28); no fue nunca diseñada como una ley universal para toda la gente.

La ley fue dada para ayudarles a los judíos mientras Jesús venía (Gálatas 3.19). Habría de servir como “ayo” o “tutor” (Gálatas 3.24). Esta ley fue suplantada por “la fe”, cuando el evangelio fue revelado para reemplazar la ley de Moisés (Gálatas 3.24–25). La ley del Antiguo Testamento no era parte de la promesa de salvación que le fue dada a Abraham; si así hubiera sido, Dios la habría usado para salvar a su pueblo (Gálatas 3.21–22). Además, esta ley no ofreció ni podía ofrecer expiación por los pecados por medio de la sangre de los toros y de los machos cabríos (Hebreos 10.4).

Esta ley fue cumplida por Cristo (Lucas 24.44–45), abolida con su muerte (Efesios 2.15), quitada de en medio al ser clavado Cristo en la cruz (Colosenses 2.14), y dada por “vieja” u “obsoleta” (Hebreos 8.13). Los judíos fueron separados de la ley o fueron hechos muertos a ella por la muerte de Jesús en la cruz. Esto fue hecho con el propósito de que los judíos pudieran ser unidos espiritualmente a Cristo (Romanos 7.4).

CONCLUSIÓN

El cumplimiento de todas las promesas espirituales de gracia y de perdón se pueden ver ahora en el libro de los Hechos. Los cristianos son los que se les conoce como aquellos “quienes han alcanzado los fines de los siglos”; o sea, los cristianos reciben una mirada de bendiciones de redención (1 Corintios 10.11). Estas bendiciones espirituales están

¹ Véase comentarios sobre “La comunión unos con otros” en la página 37.

ahora colmando a los que han de seguir a Jesús.

Un “camino nuevo y vivo” para entrar en comunión con Dios fue inaugurado por la sangre de Jesús (Hebreos 10.19–20). Un nuevo sacerdote, un gran sacerdote se ha sentado sobre la casa de Dios: Jesús el Cristo (Hebreos 10.21). Cada uno de los cristianos puede entrar a la presencia de Dios debido al nuevo pacto (Hebreos 10.19–22). Cada cristiano se considera un sacerdote, capacitado para ofrecer sacrificios aceptables a Dios (1 Pedro 2.5, 9).

El perdón y la comunión se encuentran ahora en el nuevo pacto de Cristo. La misericordia y el

perdón a todos los pueblos se encuentran dentro de ese pacto (Hebreos 8.10–12). ¡Qué maravilloso es vivir en el perdón de Dios, pues los pecados ya no serán más recordados!

Hechos es el único libro de historia que demuestra estos gloriosos cambios. Con la nueva ley de Cristo han venido nuevas bendiciones, un nuevo sistema de actividades religiosas, y una nueva seguridad y esperanza de vida con Dios después de que uno deje esta tierra. ◆

“Un cristiano demuestra lo que es, por medio de lo que hace, con lo que tiene”.

©Copyright 1997, 2000 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados